

Stella Corvalán

Huerta de sol y de luna



H, la huerta empolvada con luna,
la redonda virtud del durazno
que en murallas de fiel terciopelo
va escondiendo su clara delicia;
el obscuro temblor de la breva
con su entraña rosada en prodigio.
Oh, la fruta que canta en la boca
el mejor de los himnos:
los damascos en jugo, anegados,
que se dan cual un sol extendido,
las ciruelas de rostro pequeño
con su agudo final de martirio,
las cerezas que tienen su risa
repartida en mil labios esquivos,
las manzanas, serenas y nobles
con sus caras brillantes y puras,
aquel sorbo de néctar dulcísimo
que regala la carne del níspero
y el limón, tal un mago benigno,

dando luz con sus oros pausados
a esta fiesta empapada en rocío.
Oh, el silencio tan hondo y tranquilo
de la dulce arboleda;
si la luna le empolva los flancos
cómo torna de plata su entrega
y si el sol le enriquece las ramas:
oro fino los frutos que caen
cual si fueran lucientes monedas.
Oh, la huerta del sol y de luna
en su tibia fragancia de sedas.